

LOS ORÍGENES ANTIMODERNOS DE UN PROGRAMA EDUCATIVO ILUSTRADO: EL COLEGIO DEL SAGRADO CORAZÓN Y SU INS- TITUCIÓN EN CANARIAS

Cristina Molina Petit

La historia de la modernidad se ha definido como un proceso -no siempre lineal- de *racionalización y secularización* que afecta, desde la esfera de lo político-social, hasta la vida económica y religiosa de la Europa occidental a partir del Renacimiento. El pensamiento moderno concibe un mundo gobernado por *leyes naturales* que va descubriendo *la razón*; defiende un orden social *pactado* según conveniencias de los ciudadanos; una organización económica que se quiere afirmar independiente de los monopolios, de los privilegios y de los intereses corporativos tradicionales y, en general, el pensamiento moderno ejerce la crítica a toda autoridad impuesta y no legitimada con argumentos racionales.

Frente a la concepción religiosa tradicional donde el cuerpo social se organizaba en torno a lo sagrado, la modernidad se presenta como un mundo *secularizado*, rompiendo el lazo de unión entre lo temporal y lo espiritual, entre el cuerpo y el alma, entre el trono y el altar. El cristianismo les parecía a los filósofos de Las Luces una doctrina que justificaba el orden establecido como querido por Dios, tanto el orden político del poder como el orden social de los privilegios de clase. Ya la Reforma es un intento de deshacer la alianza del poder temporal con el espiritual (del Papa con el Rey) y de suscitar en el ser humano una subjetividad autónoma, capaz de interpretar la Escritura sin mediación de la autoridad eclesiástica. Alain Touraine¹ sostiene que la modernidad puede explicarse por este doble proceso de *racionalización* (búsqueda de explicaciones racionales a las situaciones de hecho) y *subjetivización* (aceptación de un “yo” como autor responsable y adulto de su vida, es decir, *mayoría de edad* que marca la emancipación de las tutorías de príncipes y clérigos.²

Revolución Francesa y Anticlericalismo. La reacción de la Iglesia

La Revolución Francesa quiso poner en práctica los ideales de la Ilustración defendidos por los filósofos de Las Luces; quiso instaurar un nuevo orden, deducido y justificado racionalmente, expresado en las consignas de *igualdad, legalidad y fraternidad*. Es cierto que la Revolución no fue solo hija de Las Luces sino de una crisis económica y social que enfrentó a la nobleza y al clero con unas clases populares empobrecidas en una época de escasez y carestía. No se nota, en efecto, el influjo de Las Luces en la revolución campesina de julio de 1789 donde una Francia salvaje, iletrada y silenciosa se levanta en armas, viendo enemigos por todas partes en un fenómeno que los historiadores han bautizado

como *La Grande Peur* (El Gran Miedo).³ Para acallar a la masa campesina, la Revolución burguesa abolía el sistema feudal de diezmos y derechos personales pero la medida más fuerte para resolver el problema financiero y el hambre fue la venta de los bienes y tierras de la Iglesia. La Asamblea recoge así, un viejo ideal de Las Luces: nacionalizar los bienes del clero. El decreto se cumple en noviembre de 1789.

La Asamblea pasa, más tarde, a la reorganización de la Iglesia despojada: en adelante el Estado se ocupará del sostenimiento del culto, los sacerdotes serán asalariados como todos los funcionarios y, como ellos, prestarán juramento de fidelidad a la Constitución. Serán elegidos por los “lectores” de las comunas e investidos por sus obispos- no por el Papa- El Papa Pío VI que ya había condenado la Declaración de los Derechos del Hombre, lanza su anatema contra esta medida en 1791. Muchos curas habían jurado ya, otros estaban encarcelados por no hacerlo y otros se arrepentían de haberlo hecho. El caso es que el campesinado sigue oyendo al cura y, si éste es fiel al Papa, puede fácilmente convencer a su parroquia de que la Revolución no va contra el señor feudal sino contra Dios. Por contra, los partidarios de la Revolución pueden alimentar el anticlericalismo que, de alguna manera, siempre estuvo presente en la Francia ilustrada.

La narrativa anticlerical era un tópico en la Francia del XVIII. Desde la obra anónima *Venus en el Claustro*(1719) -una de las novelas favoritas de Diderot en su juventud- hasta *La Religiosa* (1780) del propio Diderot, pasando por *El Amor Apóstata* (1739) de A. Delmas o *La Historia de Dom B., portero de los cartujos* (1741) de atribución insegura, o las *Memorias de la conducta voluptuosa de los capuchinos* (1755), se alimentaba la fantasía de unos conventos como marcos morbosos, adecuados para vidas licenciosas, donde curas y monjas ambiciosos y lascivos se entregaban fácilmente a toda clase de aventuras y excesos eróticos. El llamado Abate Prévost, autor de *Manon Lescaut*, ilustra con su propia vida este género: primero fue soldado y monje y luego colgó los hábitos, en parte por inquietudes religiosas heterodoxas, en parte para dedicarse a una vida más emocionante de amor y aventuras.

Éste era, en líneas generales, el panorama contra el que tuvo que armarse la Iglesia católica en una contrarrevolución a fin de defenderse, por un lado, de los ataques anticlericales, restaurando su prestigio, y por otro, intentando recuperar sus privilegios de poder como fuerza temporal y como autoridad indiscutible. Y como en tiempos de la Contrarreforma, los jesuitas, adalides de Roma, serán los llamados a llevar a cabo esta amplia labor de restauración.

Los grandes contestatarios, a nivel teórico, al pensamiento moderno y los defensores de la ortodoxia católica vinieron de la Compañía de Jesús. La obra de Descartes fue puesta en el Índice de Libros Prohibidos en 1663. Es cierto que muchos religiosos seguían enseñando los principios cartesianos en colegios y universidades pero la Universidad de París en connivencia con los jesuitas, impuso el retorno a Aristóteles en 1678 bajo amenaza de supresión eclesiástica a los religiosos que no acataran el decreto.

Un cartesiano en cuanto al método de la evidencia, el Padre Malebranche, rompe en 1674 con las consecuencias filosóficas y científicas de Descartes y con el espíritu ilustrado de *progreso*. Malebranche representará la ortodoxia católica en el plano teórico. Su

filosofía parte de un Ser Supremo cuya nota fundamental es la omnipotencia causa y principio de toda *realidad* y asiento de toda verdad. Dios crea el universo pero sobreviene la caída del pecado, oposición libre a la Voluntad Divina. Entonces, Dios mismo debe restaurar la naturaleza a su esplendor pasado aunque para ello necesite el concurso del ser humano que ha de dejarse llevar por la gracia divina en este cometido de restauración. Por otro lado, el espíritu humano es incapaz de crear sus ideas, ni de descubrir verdad alguna -contrariamente a Descartes-. Las ideas y las verdades están en Dios que las ilumina a las criaturas por su voluntad y según su gracia.

Es importante resaltar al hilo de nuestro interés, este pensamiento de la ortodoxia católica que prima, frente al concepto ilustrado de “progreso”, el de “regreso”, en la medida en que parte de una naturaleza humana, antaño limpia y ahora *caída* y necesitada de una redención como *restauración* del estado primigenio. La caída define también al ser humano como *subjetividad dañada*, disminuída y digna solo de humillación y castigo a no ser por la infinita bondad divina, lo que contrasta con el sujeto moderno autónomo que saca Las Luces de sí mismo sin concurso divino, orgulloso de su mayoría de edad.

La práctica de la restauración religiosa se lleva a cabo, fundamentalmente, a través de la educación- adoctrinación en los púlpitos y en los colegios procurando conquistar espacios que el nuevo orden había arrebatado a la Iglesia.

La institución del Sagrado Corazón nace, justamente, para responder a los requerimientos de restauración de la Iglesia y lo hace en y desde donde le era en ese momento más útil: en la educación femenina y desde la devoción al Sagrado Corazón. Oigamos, al respecto, a un predicador de 1909 haciendo un panegírico sobre lo oportuno de la fundación, palabras que recoge la biógrafa de la Fundadora:

Este es el gran remedio a los males de nuestros tiempos. Tiempos son de indiferencia religiosa, preparados ha trescientos años por el jansenismo. La filosofía del siglo XVIII continuó la obra nefasta y el libre pensamiento moderno le ha puesto remate ¡Ni Religión ni Dios! He aquí el dogma de muchos modernos... Tiempos son también los nuestros, de orgullo “El espíritu del siglo dice la Bienaventurada- es un espíritu de soberbia”. Y es muy cierto: por todas partes se oye hablar hoy de la potencia de la razón humana, de los progresos de la ciencia, de la libertad de pensar, de los derechos humanos en términos que sustituyen a Dios por el hombre. Soberbia más horrible que la de Satanás...⁴

“Para tamaños males- sigue la biógrafa de la Fundadora- eran remedio los tesoros del Corazón de Jesús”.⁵

Pero ¿por qué era *remedio*, justamente, la devoción al Corazón de Jesús de tantos y tan distintos males ilustrados ,como son la indiferencia religiosa, la libertad de pensamiento, los derechos humanos, la fe en el progreso científico y el orgullo de la razón? Y ¿por qué estaban llamadas las mujeres, precisamente, a aplicar este remedio?

La devoción al Sagrado Corazón

La imagen del Sagrado Corazón expresa la cara humana de un Dios definido como Amor -cercanía- frente a la idea filosófica de un Dios distante y escondido, absolutamente Otro, o frente al dios frío y justo de calvinistas y jansenistas. Se resalta aquí la imagen *redentora* de Dios frente a la *creadora*, (es decir a la Segunda Persona de la Trinidad) pero es un dios redentor que por redimirnos ha sufrido; y ha sufrido porque nos ama (demostrándolo a través de la ascensión y expiación nuestras culpas); y porque nos ama exige amor y , en la medida en que en lugar de amor, recibe indiferencia, cuando no ofensas, vuelve a sufrir...Este es el doloroso ciclo que nos muestra la imagen y la iconografía de un Corazón de Dios, ardiente de amor, con una permanente herida abierta en el costado y un corazón coronado de espinas que se ofrece a la compasión y a la reparación de sus criaturas amadas.

La devoción al Sagrado Corazón tiene sus antecedentes en el siglo XIII cuando la monja benedictina Santa Gertrudis nos cuenta uno de sus éxtasis donde fue invitada a descansar en el pecho del Señor- como el discípulo amado- y allí sintió latir de amor el Corazón Divino. Pero fue otra monja francesa, Margarita María de Alacoque la que recibe y publica las revelaciones del sagrado Corazón por orden y de la mano de su confesor, el jesuita Claudio La Colombière. Este es el mensaje que transmite Margarita: entre 1675-76

...Descubriendo su Divino Corazón (dijo) He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres, que no ha escatimado nada hasta agotarse y consumirse para manifestarles su amor, y en reconocimiento, yo no recibo de la mayor parte, sino ingratitudes, desprecios, irreverencias, sacrilegios y frialdades...Por todo ello, te pido que el primer viernes que sigue a la octava del Santísimo Sacramento, sea consagrado como fiesta especial para honrar mi corazón, reparando su honor en un acto público de desagravio

Pero, Dios mío, ¿a quien os dirigís? ¿A una malvada y pobre pecadora?. Eh, pobre inocente ¿No sabes que me sirvo de los individuos más débiles a fin de que no se atribuyan nada a sí mismos?...⁶

El criterio elegido por el Corazón Divino para escoger a sus mediadoras-es era el que fueran personas humildes, entrenadas en el ejercicio ascético de la negación del “yo”, acostumbradas a la renuncia de su subjetividad y de su autonomía a fin de poder prestar el propio “yo” a las palabras de Él y de ofrecerse como víctimas pacientes y reparadoras.

En 1735 expiraba en Valladolid un joven de 24 años sacerdote de la Compañía de Jesús, el Padre Bernardo de Hoyos que no se distinguió ni como profesor famoso ni como predicador brillante. El padre Hoyos fue también receptor de otra Revelación en uno de sus éxtasis cuando el Corazón de Jesús le aseguró: “Reinaré en España y con más veneración que en otras partes”. Otra humilde religiosa española de la Sociedad del Sagrado Corazón, Sor Josefa Menéndez, dedicada a las labores caseras como hermana coadjutora, fallecida en 1923, recibió a lo largo de su corta vida (treinta y tres años) varias revelaciones del Corazón Divino en las que éste se complacía en la humildad y la falta de autoestima de la hermana : “Cuanto mayor sea tu miseria, más te levantará mi poder”... “Porque eres

así de frágil he fijado en tí mis ojos”...” Como eres nadie me sirvo de tí como quiero”.⁷ A Sor Josefa, como a Margarita María se le revela el mensaje de un dios sufriente, víctima por amor y apesadumbrado del desamor que recibe a cambio : “Soy tan poco amado de los hombres! Siempre buscando amor y no encuentro más que ingratitud”.⁸

Esta imagen de un Dios- Cristo lacerado, humillado y pidiendo consuelo era propicia a la Iglesia desmantelada y sufriente que siguió a la Revolución y que pedía a gritos la restauración de su antiguo esplendor. Al igual que el Corazón Sagrado, la Iglesia quería ser reparada en lo público y en lo privado: aquí por la dedicación sacrificada de sus fieles devotos; y allá por actos de glorificación pública que reconocieran el carácter regio de Cristo (Cristo Rey) y el carácter divino e incontestable de la Iglesia (El Papa Rey).

Un jesuita francés, el Padre Tournély, nacido en 1767, después de unos Ejercicios Espirituales de San Ignacio, resolvió fundar la sociedad de Los Padres del Sagrado Corazón, con el fin de propagar esta devoción, es decir de conquistar “más almas” para la restauración de la religión y de los valores tradicionales. Pronto echó de ver que las mujeres eran un *elemento fundamental* en esta restauración

No debía satisfacerse su celo en los perseverantes trabajos de los varones apostólicos; la mujer había de tomar gran parte en la restauración de la Religión y la familia...Religiosas educadoras que, consagrándose a la instrucción de la juventud, formasen mujeres fuertes, esposas cristianas, madres virtuosas capaces de renovar la familia y la sociedad.⁹

Las mujeres, en su papel de *transmisoras de ideología en la familia*, serían las llamadas a “renovar” la sociedad, como madres y esposas *virtuosas*, es decir, *cristianas* según la ortodoxia católica y *mansas y humildes* según el modelo amoroso del Corazón de Jesús y de María, su madre.

Tournély no pudo ver su sueño hecho realidad porque murió no antes de repetirse a sí mismo y a otros “existirá, existirá”. Un compañero jesuita, el padre Varin, recogió su deseo y pudo llevar a cabo el proyecto gracias al convencimiento sin fisuras, de que ésta era su misión divina y gracias a la circunstancia de su amistad con el Padre Luis Barat, también jesuita, hermano mayor y tutor indiscutido de la futura fundadora.

La Fundadora y la Fundación

El P. Varin conoce a Magdalena Sofía Barat en 1800 y la describe como “una jovencita de muy delicada complexión, extremadamente modesta y, en sumo grado, tímida. ¡ Qué piedra fundamental! -dije para mí...”.¹⁰ Sofía oyó interesada las revelaciones de Varin sobre el proyecto de Tournély, aunque el suyo era entrar en una orden contemplativa “Dios no quiere que seáis carmelita” -le reveló de forma contundente el jesuita- ”sino que cooperéis en esta noble empresa”. Y comenzó a persuadirla de que la educación exquisita que había recibido, la preparaba para ello. Cuando ella le pidió unos días para pensarlo, Varin le cortó enérgico: “No, Sofía, no es hora de pensar. Cuando se conoce la voluntad de Dios, hay que cumplirla. Yo en nombre suyo, os la declaro”.¹¹

La biógrafa de Santa Magdalena Sofía, una religiosa anónima del presente siglo, comenta que la futura fundadora recibió esta orden contundente con el mismo espíritu de fe y sumisión que había mostrado la Virgen María ante el Arcángel cuando pronunció su *fiat*, es decir, como un designio divino.

Magdalena Sofía había recibido una educación esmerada de manos de su hermano, el jesuita Luis Barat. A la formación teológica añadía la de las lenguas clásicas (“ni Virgilio ni Homero le ofrecen dificultades” - aseguraba su hermano). La filosofía y las ciencias ocuparon un lugar importante en su educación, llevado todo ello con un espíritu ilustrado de rigor y disciplina intelectual. Desde muy joven, su hermano mayor se la lleva de su ciudad natal, Joigny, para que se formara con él en París, lejos del ambiente familiar y “femenino” que mimaba a una niña única: “sabe más que lo que, de ordinario saben las mujeres que pasan por instruidas”-, comentaría Luis Barat al P. Varin quien se asombraba de la instrucción de Sofía y de sus capacidades intelectuales excepcionales.¹²

Podríamos preguntarnos cómo el espíritu “ilustrado” de Sofía pudo plegarse sin objeciones y sin más discusión la “orden” del Padre Varin para que fundara, al punto, una congregación religiosa. Y si nos detenemos en los requerimientos que exige una dedicación al Sagrado Corazón, según las caracterizaciones que apuntábamos más arriba, los interrogantes se multiplican. En efecto, una devoción tal exige la negación de los valores ilustrados de *subjetividad* (en la medida en que el devoto-a debe *desaparecer como sujeto agente* para convertirse en receptáculo paciente de la Gracia y víctima propiciatoria unida al Corazón de Cristo); negación de *la autonomía personal* porque el devoto ha de definirse por, para y desde instancias superiores (La Iglesia, Dios...); negación de *la libertad personal* por los valores de obediencia ciega y negación, al fin, de los *valores de la propia razón*, sustituidos por los de la Revelación o humillados por la Autoridad.

Ciertamente, la devoción al Sagrado Corazón se inscribe en una tradición mística presente en la órdenes religiosas contemplativas, cuyo exponente más ortodoxo -y más leído- es Tomás de Kempis con su *Imitación de Cristo* donde se prescriben ejercicios de humildad, obediencia y negación del “yo” a imitación de Jesús “manso y humilde de corazón”. Luis Barat también había entrenado concienzudamente a su hermana en estos ejercicios de humildad y “quebrantamiento de su voluntad”¹³ como correspondía a una futura Esposa de Cristo. La metáfora conyugal que implica desigualdad y sometimiento era adecuada a las monjas, mujeres doblemente sometidas: primero a los confesores de los conventos y después a Dios cuya voluntad se expresaba en la autoridad eclesiástica. De todos modos, la imagen de un dios debilitado y “feminizado” con las características de bondad y mansedumbre, era atractiva para las Esposas de Cristo que elegían sufrir y someterse, por muy ilustradas que fueran, a un yugo más dulce y etéreo que el de los esposos terrenales. La propia Sofía buscó, en su momento, “un hombre a quien entregarse honrosamente y no lo halló”.¹⁴

El 21 de noviembre de 1800 se funda en París el Instituto del Sagrado Corazón, consagrado “a la mayor gloria del Corazón de Jesús (al modo como los jesuitas se dedicaron “ad majorem Dei gloriam”). En ese día, el P Varin oyó la consagración pública de tres monjas y la fundadora.

La primera casa la tuvo el Instituto en Amiens, al año siguiente y desde allí, el Instituto se fue expandiendo a Grenoble(1804), Poitiers (1806), Burdeos (1819) y a otros lugares fuera del territorio francés, estableciéndose en conventos abandonados por la Revolución o en propiedades donadas por nobles piadosos interesados en la obra de restauración de la Iglesia. Así, en 1822 Carlos Alberto de Saboya y su esposa Cristina de Borbón solicitan una fundación en Turín para contrarrestar la fuerza conspiradora de los plebeyos “*carbonari*”. El propio Papa León XII, deseando renovar la educación de las niñas del patriciado romano, les ofrece el espléndido convento de la Trinidad del Monte, construido sobre el Pincio por Carlos VIII. Estuvo claro, desde el principio, que la Institución dedicaría sus esfuerzos a educar mujeres de clases privilegiadas, entendiendo la restauración “desde arriba”, desde la formación de las clases dirigentes. A las clases más pobres que acogían también los colegios del Instituto, les estaba reservada una mera formación catequística y puramente práctica en las labores de hogar.

El Instituto llegó a España en 1846 para fundar un colegio en Sarriá (Barcelona)

El plan de estudios

El primer Plan de Estudios del Instituto de las religiosas del Sagrado Corazón lo compuso Sofía Barat en Amiens en 1806. Desde entonces y hasta su muerte (1865) ella sigue inspirando y poniendo a punto los sucesivos Planes que se redactan, recogiendo la experiencia de cincuenta años de educación.

El presente Plan que aquí se analiza es el de 1922,¹⁵ fruto de una reestructuración de acuerdo a las nuevas necesidades educativas y sociales después de la Guerra Mundial. Se obviaron los detalles de los programas escolares tan diferentes a lo que se requería en 1800 pero se empeñaron en conservar íntegro *el espíritu educador y los valores pedagógicos de la Fundadora*. En 1954 el Plan conoce otra redacción, respetando una vez más los valores que lo inspiraron, y en 1996, se realiza la última reestructuración.

La primera parte del Plan es una suerte de declaración de principios donde se especifican las características de una educación entendida como *instrucción* en su sentido etimológico (“*ins-truire*”) *donde no se trata de acumular conocimientos sino de construir en el espíritu bases sólidas...hábitos intelectuales, una personalidad firme y coherente*.¹⁶ El fin principal que debe perseguir el enseñante es dominar el arte de conducir a la alumna a trabajar, a enseñarla a pensar.¹⁷

Como criterio para escoger los programas, se indica a continuación que los estudios han de ser “fuertes” o “recios” (“*fortes*”) en el sentido de amplios, bien ordenados y sólidamente basados en principios.¹⁸

Los valores pedagógicos que defiende la Fundadora son, en primer lugar, los valores *espirituales- religiosos*, -como era de esperar- que se traducen en un programa de estudios sobre el dogma y la moral católicos, elementos de teología e historia bíblica y de la Iglesia. Los *valores intelectuales* entran en segundo lugar a conformar el Plan de Estudios. Se defienden en este capítulo el desarrollo de la *capacidad de observación* y de *reflexión*, la potenciación del *juicio crítico*, la necesidad para las alumnas, de adquirir un *pensamiento*

propio y de saber sostenerlo y expresarlo adecuadamente. A todos estos valores van orientados los estudios de “filosofía una de las disciplinas más importantes y una nota característica de la educación en el Sagrado Corazón”,¹⁹ los estudios literarios desde el análisis de textos, el cultivo de la expresión oral y de la composición escrita, el estudio de las lenguas clásicas que “someten la inteligencia a un ejercicio vigoroso que pone en juego sus cualidades de atención y reflexión para discernir la armadura de una frase... (que se ejercita) en el rigor y precisión... la finura y la penetración para captar el pensamiento del autor”.²⁰ La Historia como reflexión para comprender y explicar el pasado, las ciencias como desarrollo del espíritu de observación y las matemáticas como ejercicio de cálculo mental, cierran este capítulo ordenado al desarrollo de los valores intelectuales.

Otros valores que se defienden son los llamados de *desarrollo personal* que incluyen capacidades tales como el dominio propio,* el sentido de la responsabilidad personal, la flexibilidad para aceptar cambios, y la actitud participativa en los problemas sociales. Para el desarrollo de estos valores, se propone el cultivo de la *interioridad* (una suerte de conversación -análisis consigo misma y con Dios), el silencio y la disciplina estricta en el cumplimiento de los horarios y tareas. Las disciplinas artísticas (dibujo y pintura) contribuirán en este desarrollo personal en la medida en que cultivan la fantasía y la imaginación.

Por fin, el Plan de Estudios propone el desarrollo de los *valores físicos* (corporales) y *prácticos* (orientados a la misión femenina de ama de casa) y ello quiere conseguirlo a través de un ambiente higiénico adecuado y con disciplinas como la gimnasia, el ritmo y con los trabajos manuales (costura, corte y confección, cocina y economía doméstica).

Para cada asignatura y para cada edad, el Plan propone la metodología que considera adecuada, insistiendo, empero, en que la formación es siempre individual y personalizada. Así, en la últimas páginas, el Plan presenta un cuadro completo de *metodologías* a aplicar según criterios de edad y según las disciplinas, mostrando las ventajas pedagógicas y los hábitos que se adquieren en cada caso. La asignatura de Religión, por ejemplo, requerirá un *método expositivo y dogmático*, basado en la autoridad de quien habla, útil para prevenir una tendencia demasiado racionalista y para aclimatar el espíritu de las alumnas a la sumisión que exige la fe. Para las más pequeñas se recomienda el *método socrático* o interrogativo que excita la actividad intelectual de la alumna, provocando un esfuerzo personal. El *método inductivo* que desarrolla hábitos de claridad, de síntesis, de profundidad y rigor se defiende como el apropiado para la filosofía y la literatura. El *deductivo* es útil para las matemáticas y habitúa a la solidez y amplitud del pensamiento...

No deja de llamar la atención la concepción pedagógica “moderna” del Plan y los valores *ilustrados* que defiende, en la mayoría de los casos (capacidad de reflexión y crítica; necesidad de adquirir y sostener un pensamiento propio sólidamente basado en principios; rigor intelectual; responsabilidad personal- y por lo tanto una subjetividad fuerte-; interés y compromiso social... porque no podemos olvidar que la Institución tuvo un origen anti-moderno y anti-ilustrado, atenta a la restauración de la ortodoxia católica y del Antiguo Régimen por medio de la educación de las mujeres para su sagrada misión de *esposas y madres virtuosas, transmisoras de la ideología tradicional*. Pero ¿para qué querían las madres y esposas -por muy encopetadas que fueran- una educación tan ilustrada? ¿No les hubiera bastado, acaso, con las “cuatro reglas”, ciertas “lecciones de compostura” y con

la “formación práctica” -costura, cocina y economía doméstica- que ocupa unas pocas páginas al final del Plan?. Aquí la paradoja. Quizá la Fundadora no pudo sustraerse -afortunadamente- al espíritu de la época, con la tradición de una nobleza y alta burguesía femenina ilustrada y con el recuerdo de tantos Salones dirigidos por mujeres; quizá, una vez fuera de la influencia directa de los varones jesuitas, pudo más su propia formación humanista. En cualquier caso, lo cierto es que el mero manejo del *discurso ilustrado* (hablar de “rigor”, de “criterio firme” de “crítica”...) hace posible que se traspase el cometido inicial apologético cristiano para el que fue concebido. Porque el propio discurso contiene virtualidades autocríticas. De modo que si se pretende educar a las mujeres para madres y esposas cristianas y “femeninas”, en la medida en que se emplea el *discurso y los valores ilustrados*, se acaba potenciando a seres humanos mujeres en clave “feminista”.

El colegio del Sagrado Corazón en Canarias

La Condesa de la Vega Grande que se había educado en el Colegio del Sagrado Corazón de Rochampton quiso ver esta institución establecida en Canarias y ofreció facilidades en 1903 para que ocuparan el actual edificio del Colegio salesiano en Ciudad Jardín (Las Palmas de Gran Canaria). En 1920 el colegio contaba con 44 alumnas en el pensionado, 75 en la escuela gratuita y 40 en la escuela dominical. En 1923 una epidemia de cólera obligó a cerrar el colegio y posteriormente se establecieron en Santa Brígida (a unos 12 km. de Las Palmas) a partir del curso 1947-48. Mientras tanto se había empezado a construir el edificio de Tafira en un terreno cedido por D. Fernando del Castillo-Olivares, Conde de la Vega Grande con D. Fernando Delgado como arquitecto. Tal edificio albergó el colegio desde 1948 hasta el curso 1976-77 en que se vendió a otra institución educativa.

En los más de cuarenta años de la institución se educaron alumnas de todas las Islas Canarias. En 1953 fue la primera vez que el colegio presentó sus alumnas al Examen de Estado, obteniendo el grado de sobresaliente las cuatro presentadas.

Desgraciadamente, con la venta del edificio y con el consiguiente traslado de los enseres, se perdieron los libros de registros y la documentación que podría arrojar datos históricos sobre número de alumnas, asignaturas impartidas en las diversas épocas, calificaciones, incidencias, etc. La investigación oral sería el único camino para reconstruir esta historia reciente, labor que está por hacer y que me tienta para un futuro, siendo como es, parte de mi experiencia vivida. Por ella sé que en la década de los 50-60, el colegio reunió entre 400-500 alumnas en el pensionado (el caso de la *escuela gratuita*- en los semisótanos del edificio- es otra historia, también por hacer, diferente en sus pretensiones, en su espíritu, en sus programas -nada “ilustrados”, por cierto-.

Una promoción tan temprana como la de 1953 llevó a todas las que cursaron los estudios ese año, a la Universidad cuando todavía era insólito que las mujeres tuvieran estudios superiores.

La investigación oral, a través de entrevistas abiertas e historias de vida, sería, al fin, el método adecuado para averiguar cómo los valores pedagógicos defendidos en el Plan han incidido, realmente, en la formación y en la ideología de las ex-alumnas del Instituto, de modo que probara, desde la experiencia vivida, la hipótesis que aquí se defiende.

NOTAS

- ¹ Cfr. Alain Touraine *Crítica de la Modernidad*. Temas de Hoy. Madrid, 1993, p. 264
- ² I. Kant “¿Qué es Ilustración?” en *Filosofía de la Historia*. FCE. Madrid, 1985, p. 25
- ³ Cfr. L. Bergeron, F. Furet y R. Koselleck *La época de las revoluciones europeas*. Vol. 26 de la *Historia Universal*. Siglo XXI. Madrid, 1983, p. 31
- ⁴ Rdo Padre Gressien *Panegírico en 1909 en Lyon*. Tomado de *La Glorificadora del Sagrado Corazón de Jesús*. (autora religiosa anónima, de la propia Congregación) Madrid, 1934, ps. 154-155
- ⁵ *Ibídem*, p. 155.
- ⁶ Jorge Guittón (S.I.) *El Beato Claudio La Colombière*. El mensajero del Corazón de Jesús. Bilbao, 1956, ps. 156-57
- ⁷ Sor Josefa Menéndez *Un mensaje del Corazón de Jesús*. Valencia, 1952, p. 52-56
- ⁸ *Ibídem*, p. 32
- ⁹ *La Glorificadora del Sagrado Corazón*. Op.cit. , p.126
- ¹⁰ *Ibídem*, p. 133
- ¹¹ *Ibídem*, p. 135
- ¹² *Ibídem*, p.121
- ¹³ *Ibídem*, p. 86. De la educación que Luis Barat dió a su hermana, opinaba un obispo francés haciendo un panegírico de la, entonces Bienaventurada “domó vigorosamente su orgullo bajo el yugo de la humildad; su carácter bajo el yugo de la mansedumbre; su voluntad propia bajo el yugo de la obediencia; toda su naturaleza, en fin, bajo el yugo de las más rudas inmolaciones...” *La Glorificadora...* p. 94
- ¹⁴ *La Glorificadora...*Op. cit., p.105
- ¹⁵ *Lésprit de l’enseignement au Sacré Coeur*. Institut Catholique de Paris. París, 1958.
- ¹⁶ Op. cit., p.12
- ¹⁷ *Ibídem*, p.29
- ¹⁸ *Ibídem*, p.13
- ¹⁹ *Ibídem*, p. 103.
- ²⁰ *Ibídem*, p. 148.